

“carácter” del pueblo que la realizaba, y se tornó más bien “jurídica” en el imperio de la Roma Cesárea, y más bien religiosa en el imperio de los Austria de España, y más bien “industrial” en el imperio de la Inglaterra moderna. Estas dominaciones, además, fueron expansiones azarosas sobre pueblos desconocidos, por ellos incorporados a la civilización universal, en tanto que el “imperialismo” actual se formula como doctrina previa y como plan de acción mercantil, cultural y burocrática, sobre vecinos igualmente civilizados o puesto ya en las vías de su propia nacionalidad. Ved ahí, nuevamente, cómo el “imperialismo” es no sólo diferente del “nacionalismo”, sino que puede ser antagónico. La guerra actual presenta como beligerantes; de un lado a Prusia dominadora de Alemania y a Alemania dominadora de Austria y Turquía, amarradas en haz imperialista; y del otro lado a las “nacionalidades” en lucha por su existencia como Bélgica, por su carácter como Inglaterra, o por su integración territorial como Italia y Francia. Acaso por eso el sentimiento nacionalista de casi todos los pueblos se ha puesto en contra de los imperios centrales.

No aparece en todo esto nada que muestre la identidad del “nacionalismo” con el “imperialismo”, ni que haga ser al uno consecuencia del otro, según lo pretenden los secuaces del materialismo histórico. Ambos nacen tal vez del patriotismo, pero como lados divergentes de un vértice común; son diversos sus métodos, sus ideales, sus campos de acción; pueden llegar los dos a ser hostiles entre sí; realizan su evolución separadamente: el nacionalismo sobre el propio territorio y el propio pueblo, el imperialismo sobre los pueblos y territorios extraños. Así se explica que el imperialismo haya podido germinar en Roma, conquistadora de Europa, cuando el patriotismo se concentraba en los límites de la *ciudad*, como Fustel de Coulanges lo ha demostrado; y que haya podido germinar en Castilla, conquistadora de América, cuando el patriotismo se reducía a los límites feudales del *reino*, confundiendo con “la lealtad al monarca” en cuyo nombre se realizaban las conquistas. “Nacionalidad”, con los caracteres modernos de este fenómeno no existió en Roma ni en Castilla, o al menos ambas, sin pasar por la definición de una conciencia o doctrina nacionalista, practicaron una política imperialista. Es que al imperialismo créanlo generalmente los gobiernos y las clases privilegiadas—milicia, clero, burguesía—en nombre del patriotismo, la riqueza o la superstición; mientras al nacionalismo lo crean los pueblos y sus minorías pensadoras—filósofos, sabios, poetas—obrando sobre las fuerzas más genuinas de la cultura.

Pero esta “meditación” sólo ha tenido por objeto, lector amigo, llevarte a rechazar la confusión que se hace entre “nacionalismo” e “imperialismo”. Si para bien de la verdad y de nuestra doctrina he disociado

esas ideas, capciosamente unidas por algunos enemigos de la nacionalidad, quede ahora para la siguiente “meditación” el decir hasta qué extremo el “imperialismo” es repugnante a la historia, a las necesidades y al ideal democrático de la nacionalidad argentina.

RICARDO ROJAS

(Continuará).

La intervención de Bulgaria

Después de haber mantenido oculto su juego durante largo tiempo—dando rodeos entre los beligerantes y tendiendo alternativamente las manos a uno y a otro, por ver lo que quisieran ponerle en ellas,—Bulgaria ha concluido por arrojar la máscara y entrar derechamente en la partida. Esa decisión, como ya lo dijimos, implica una negra traición contra Rusia desde luego, a la que debe la vida y la independencia, y contra las aliadas de Rusia, que siempre, en las circunstancias difíciles, la habían sostenido.

La nueva dimisión de Venizelos, jefe del gabinete griego, y la resolución del rey, de mantenerse neutral, son como un segundo fracaso para los aliados en los países balcánicos.

Por otra parte; si los aliados sólo han tenido éxitos en Europa, sólo también han sufrido fracasos en Oriente.

Ya habían perdido, una vez, la ocasión de forzar los Dardanelos, justamente porque Venizelos no pudo cumplir la promesa que les hiciera de 50.000 soldados y porque el rey no quiso seguir la política de su primer ministro. Ahora, contando, como entonces, con la mayoría del país y de la cámara, había prometido a los aliados que si Bulgaria declaraba la guerra a Servia, Grecia había de hacer honor a la firma del tratado hecho entre ambos países. Pero, cuando llegó el caso de proceder en consecuencia, el rey, por segunda vez, con el apoyo de una fuerte oposición, rehusó seguir al jefe del gabinete y éste vióse obligado otra vez a dimitir.

¿De dónde sale esa oposición y cómo se ha creado? Venizelos, desde lo alto de su tribuna, nos ha descubierto la clave del enigma. No ha temido declarar ante los representantes del pueblo, ante la prensa y a la faz del mundo entero, que tal oposición ha sido suscitada y fomentada por el oro alemán. Los que conocen la política alemana han reconocido sin dificultad que es este un sistema clásico de aquélla y lo aplica más o menos en todas partes y en todas ocasiones, cómo puede. No es menester ir muy lejos para comprobarlo. Bastaría recordar la histo-